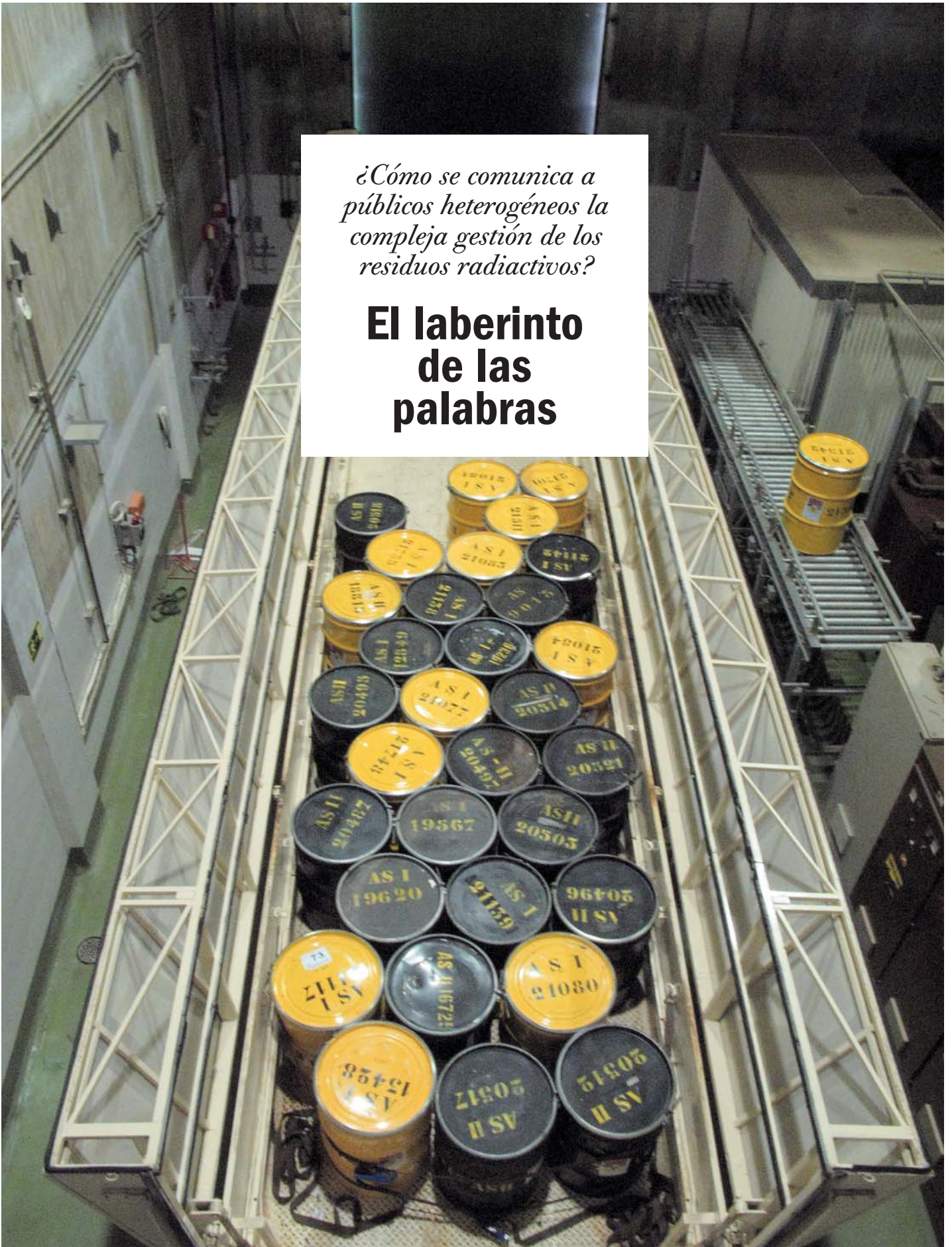


*¿Cómo se comunica a  
públicos heterogéneos la  
compleja gestión de los  
residuos radiactivos?*

## **El laberinto de las palabras**



Descarga de un transporte de residuos de baja y media actividad en el centro de almacenamiento de El Cabril.

**De ser una actividad que no se había explicado a la sociedad, la gestión de los residuos radiactivos se convirtió** en España, a mediados de los años ochenta del siglo pasado, en una tarea que requería, a partes iguales, una notable excelencia técnica en su ejecución y un extraordinario esfuerzo de transparencia informativa. Comunicar conocimientos complejos a públicos heterogéneos, buscar la precisión sin caer en una jerga indescifrable y evitar que a las palabras se adhieran emociones que las desvirtúen, no eran, ni entonces ni ahora, empresas sencillas.

■ POR **José María Montero**, PERIODISTA AMBIENTAL.

**S**I UNO ESCUCHA LAS ANÉCDOTAS que relatan los técnicos de Enresa, que en El Cabril se ocupan de mostrar estas instalaciones a los miles de visitantes que cada año se acercan a tan apartado rincón de la cordobesa Sierra Albarrana, no es difícil imaginar que un buen porcentaje de estos ciudadanos experimenten cierta decepción cuando acceden al único almacén de residuos radiactivos de media y baja actividad que existe en nuestro país.

La primera sorpresa tiene que ver con el aspecto, nada inquietante, de El Cabril. Los que llegan con la cautela que exige haber atendido a oscuras fábulas y habladurías, pero también los que esperan el mayor nivel de sofisticación, se encuentran con un conjunto de edificios que, en la distancia, no se distinguen de una pequeña y anodina fábrica rural. Si, aun así, ya en el detalle de la visita, esperan ser atendidos por unos especialistas parapetados tras un lenguaje indescifrable, aparece la segunda decepción: casi todo en El Cabril puede explicarse, y se explica, en un lenguaje común, con términos accesibles a cualquier grupo de escolares (que, por cierto, son los que más suman en el cómputo total de visitantes).

Llegar a este punto de transparencia y, sobre todo, conseguir que el lenguaje común no traicione el rigor que precisa una actividad tan compleja como esta,

vinculada al universo de la ciencia y la técnica más avanzadas, no es tarea fácil y, por eso, en la “trastienda” de todo este esfuerzo habita un sinfín de tensiones. A los ingenieros les resulta difícil renunciar a su particular lenguaje, en el que cada elemento solo puede llamarse de una manera. A los comunicadores les preocupa abusar de tecnicismos que hagan poco inteligible el mensaje. Los periodistas gustan, gustamos, de expresiones que más allá de la razón también apelen a los sentimientos, es decir, nos gusta cargar las palabras de significado. Y los ciudadanos, por fin, solo quieren entender, comprender y, en este caso, quizá, también encontrar certezas que alejen esa difusa sensación de peligro, de riesgo, que se asocia a todo lo que tiene que ver con la actividad nuclear.

#### **La carga emocional de los términos**

Ese es el primer problema, como señala Ricardo de Castro, psicólogo ambiental y especialista en el diseño de campañas de comunicación. “Hay palabras —precisa— que arrastran una carga emocional permanente; conceptos que incluso recurriendo a la estratagema de buscarles un sustituto, más o menos neutro, no pueden liberarse de esa carga. Es decir, a veces sustituimos la etiqueta verbal y no podemos por ello librarnos de la poderosa carga emocional que se fija al concepto”.

Cuando el 27 de octubre de 1977 la revista *Posible* anunciaba en su portada, con un diseño gráfico apocalíptico, un reportaje titulado “Amenaza nuclear sobre España”, la descripción de lo que entonces era El Cabril se resolvía en dos palabras: “cementerio atómico”. Justamente las mismas que venía usando, desde un año antes, el diario *El País*. Las connotaciones negativas eran, pues, inevitables, y aunque El Cabril que hoy conocemos nada tenga que ver con aquella vieja mina de uranio en la que se depositaban los residuos sin demasiadas precauciones, la carga emocional que se fijó en esas dos palabras no era fácil de neutralizar.

Los términos “depósito” o “almacén” no tienen, desde luego, el matiz siniestro de “cementerio”; pero, aun así, cuando los técnicos hablan ahora de “losa”, para referirse a la cubierta de hormigón que se dispone sobre los residuos, o de “celda”, para señalar las cámaras en donde estos se van depositando, las palabras vuelven a cargarse de emociones que remiten a escenarios poco agradables. Un caso extremo, pero que dice mucho de nuestra capacidad para teñir el lenguaje del color que dictan nuestras propias experiencias, es el de los reclusos del centro penitenciario de Córdoba, que también visitan El Cabril, y a los que, como es lógico, es mejor no hablarles de “celdas”.

## El riesgo de la pronunciación

Incluso cuando se recurre al lenguaje técnico o científico más “duro” no hay garantías de que un término, prácticamente intraducible para un lego en la materia y, por tanto, aparentemente neutro, esté realmente desposeído de connotaciones indeseables. Como demostraron en el año 2009 los investigadores Hyunjin Song y Norbert Schwarz, del Departamento de Psicología de la Universidad de Michigan (EE.UU.), existe una relación directa entre la dificultad para pronunciar un nombre científico (en su caso, se trataba de un nombre químico) y el riesgo que se percibe asociado a dicho elemento. O, dicho de otra manera, el nombre puede definir al objeto y determinar su eficacia y su toxicidad, como mínimo, según evidenciaron Song y Schwarz, en lo que se refiere a fármacos, aditivos alimentarios y otras sustancias químicas.

A la vista de estas evidencias, que de seguro son extrapolables a otros campos de la ciencia, no es difícil imaginar qué ocurre cuando nos cuentan que la actividad radiactiva se mide en “becquerelios”; que en El Cabril se vigilan los “lixiviados” para evitar la contaminación de las aguas subterráneas; que los residuos se caracterizan en función de su periodo de “semidesintegración”, o que en España existen alrededor de 1.300 instalaciones que manejan “radioisótopos”. Al margen de su correcta comprensión, la simple dificultad para pronunciar estos términos ya los condena en el imaginario colectivo.

“Los tecnicismos —explica De Castro— se convierten a veces en un asidero al que recurrir para que los ciudadanos permanezcan al margen del conocimiento de una materia. También

otorgan fuerza a la comunicación del especialista y, por tanto, multiplican su influencia. Pero no hay duda de que tienen efectos perversos en la comunicación, ya que se convierten en escudos y no en puentes. Si se abusa de ellos, si no se explican, y hay pocas cosas que no se puedan explicar de manera sencilla, la comunicación fracasa”.

Los ciudadanos quieren certezas, y la ciencia, con demasiada frecuencia, solo puede ofrecer incertidumbres. Los ciudadanos piden que la técnica sea infalible, y esta solo puede avanzar aprendiendo de los errores. Los ciudadanos quieren que lo complejo se explique de manera sencilla, pero, a veces, lo complejo solo puede explicarse de manera compleja.

Es cierto que los tecnicismos son tranquilizadores, una virtud que alcanza su máxima expresión cuando se recurre a siglas y

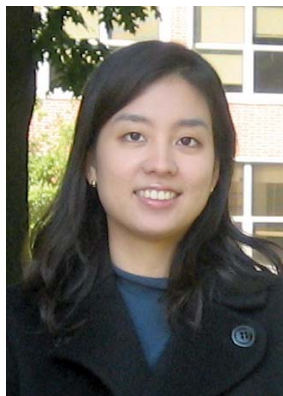
acrónimos que, al menos durante un tiempo, viven desposeídos de emociones. Y ejemplos no faltan: el debate en torno al futuro de los residuos radiactivos de alta actividad, los que proceden del combustible consumido en las centrales nucleares, gira en torno al diseño y, sobre todo, a la ubicación de un ATC (Almacén Temporal Centralizado), acrónimo del que nadie había oído hablar hasta hace unos pocos años y cuyo significado, a priori, causa poca inquietud.

## Siglas y más siglas

Lejos de formar parte de un calculado plan o una interesada estrategia, los tecnicismos, a veces, solo esconden la comodidad de quienes deben usar a diario expresiones un tanto retorcidas y, además, no reparan en la dimensión pública de esa actividad rutinaria. El principio de economía del lenguaje se aplica entonces sin miramientos, aunque el

resultado sea muy útil para unos y desesperante para otros. Las siglas se convierten, en estas circunstancias, en las reinas del mensaje, y aparecen así no solo los ATC, sino también los ATI (Almacén Temporal Individualizado), las IAD (Instalación de Apoyo al Desmantelamiento) o los EAD (Edificio Auxiliar de Desmantelamiento). Hasta el equipamiento más convencional, como el control que da acceso a El Cabril, se convierte en un enigmático acrónimo, en este caso un PCA (*pe-ce-a*, Puesto de Control de Accesos), que no debe confundirse con el *pe-ce-uve* (PCV, Puesto de Control de Vigilancia) y mucho menos con la *erre-ce-i* (RCI, Red de Control de Infiltraciones). Y todo esto sin un diccionario de siglas que ilumine al confundido ciudadano.

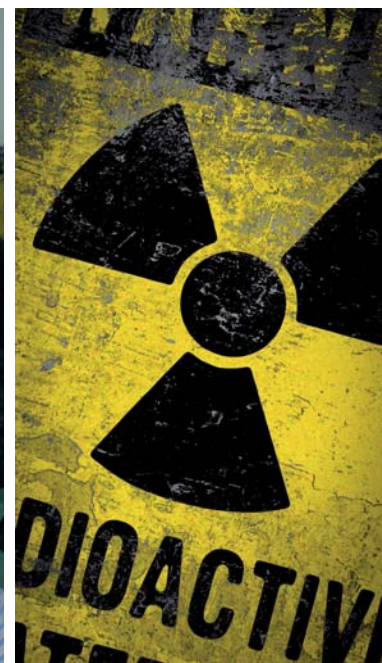
Aun siendo el pilar en el que se sustenta la gestión de los residuos radiactivos, construir un discurso en el que todo gire en torno a la excelencia tecnológica, abusando de términos “difíciles”, puede convertirse en un arma de doble filo. Para algunas personas, toda esta sofisticación puede provocar un impacto muy positivo al descubrir, por ejemplo, que El Cabril no es un simple vertedero donde se arrojan residuos y después se tapan, o que las centrales nucleares en desuso no se desmantelan como quien desmonta una vieja factoría. Pero, al mismo tiempo, hay quien piensa que si en la gestión de este tipo de residuos se utilizan procedimientos tan rigurosos, técnicas tan avanzadas y un lenguaje tan críptico, será porque también es muy elevado el riesgo. Incluso, aunque resulte paradójico, puede llegar a producirse una sensación de fracaso cuando, en mitad de esa espiral de explicaciones científico-técnicas, alguien detalla, por ejemplo, que la *erre-ce-i* (la famosa RCI) está diseñada para controlar la posible presencia de agua en alguna de las celdas adonde van a parar los bidones con los residuos radiactivos. ¿Una filtración? Pero ¿en medio de tanta sofisticación es admisible lo inesperado, lo imprevisto, el error? ¿Qué clase de ingenieros —a los que suponemos



Norbert Schwarz y Hyunjin Song.



Una técnica del Servicio de Comunicación de El Cabril da explicaciones sobre la instalación a un grupo de visitantes.



cercanos a la divinidad— han diseñado estas celdas? La decepción puede alcanzar su máxima cota si todas estas explicaciones, trufadas de “lixiviados”, “capas freáticas” e “infiltraciones”, terminan en un sencillo recipiente de cristal, como el que reposa bajo las celdas de El Cabril, adonde irían a parar las gotas sospechosas. Un sencillo recipiente de cristal que recibe la humilde denominación de “pote”. ¿Todo ese despliegue de “sabiduría” para acabar convenciéndonos de que, en el peor escenario, la situación estaría bajo control gracias a un vulgar “pote”?

### El carácter mágico de los conceptos

Claro, que una cosa es saber el nombre de algo, sea el que sea, y otra, bien distinta, saber algo de esa cosa. Los comunicadores que durante los últimos veinticinco años han batallado por transmitir de manera eficaz todo lo que gira en torno a la gestión de los residuos radiactivos, tienen bien presente esta máxima, que busca, en definitiva, renunciar a ese supuesto carácter mágico que algunos atribuyen al lenguaje. Pronunciar una palabra científica no es explicar nada, es como pronunciar un conjuro que hace desaparecer la curiosidad. Solo eso. Y, sin embargo, muchas explicaciones que

pasan por científicas, y contra las que luchan los verdaderos comunicadores y divulgadores, son así de absurdas: el tabaco produce cáncer porque “es cancerígeno”, la aspirina nos calma el dolor de cabeza porque “es analgésica”, y este tipo de residuos deben confinarse porque “son radiactivos”.

No es cierto que sea posible codificar todo conocimiento de una forma óptima en algún tipo de lenguaje, ya sea común o científico. El lenguaje es un ser vivo que habita en su propio laberinto, y en él se encuentra con las emociones, los prejuicios o los conocimientos previos sobre la materia en cuestión. Numerosos estudios, y este argumento es ya un clásico dentro de este debate, han puesto de manifiesto cómo la actitud favorable de los ciudadanos frente a cuestiones relacionadas con la energía nuclear aumenta con el grado de conocimiento sobre esta materia. Y el conocimiento se construye, principalmente, entre la escuela, los medios de comunicación y la experiencia directa. Tres fuentes en las que es inevitable que estén presentes las emociones. ¿Es posible, entonces, gobernar ese cóctel?

Frente a todas estas dificultades el comunicador, además de contar con una excelente capacitación, solo puede esgrimir

una mirada honesta y buenas dosis de humildad. Lo advierte el lingüista alemán Harald Weinrich, preocupado por el lenguaje de la divulgación científica: “El mundo tiene poco que esperar y mucho que temer del especialista que solo se ocupa de difundir sus resultados dentro de los límites de su especialidad particular”. Y por eso recomienda algo que en el pulso entre comunicadores y técnicos aporta un argumento de peso a los primeros: “Cuando escribas para tus colegas especialistas, asegúrate de tener un receptor de otras especialidades, afines o no, con el objeto de evitar los guetos científicos”.

El carácter heterogéneo de los colectivos a los que hay que dirigirse, ya sea en una visita in situ o en un reportaje destinado a un medio de comunicación de masas, dificulta esa tarea de hacer comprensible lo complejo, escapar de los guetos, ser precisos sin ser crípticos, y, por último, rizando el rizo, evitar las connotaciones negativas que vienen dictadas por nuestros prejuicios. Pero esos son justamente los materiales con los que se moldea el reto al que se vienen enfrentando, desde hace ya veinticinco años, los profesionales que han de comunicar la compleja gestión de los residuos radiactivos. ■